



El pianista británico James Rhodes, fotografiado después de la entrevista en un hotel de Barcelona

INÉS BAUCCELLS

«El estigma de haber sido violado no desaparece nunca»

Entrevista

James Rhodes Pianista

► El británico relata en «Instrumental» los abusos sexuales que sufrió a los 6 años, sus cinco intentos de suicidio y sus múltiples adicciones

INÉS MARTÍN RODRIGO
BARCELONA

James Rhodes (Londres, 1975) conserva en su mirada la inocencia del niño que no le dejaron ser. Lo hace, pese a todo. Pese a los abusos sexuales que sufrió, a los 6 años, por parte de uno de sus profesores; pese a su paso por hospitales psiquiátricos; pese a su adicción al alcohol y las drogas; pese a sus intentos de suicidio; pese a haber perdido la custodia de su hijo. Y lo hace gracias a la música clásica. Bach le salvó la vida y, más de treinta años después, convertido en un reconocido pianista, Rhodes ha querido contarle en «Instrumental» (Blackie Books), un testimonio sobrecogedor y de una valentía inaudita. No obstante, su publicación estuvo pendiente de un hilo judicial, ya que su exmujer intentó prohi-

bir el libro, argumentando que el relato, demasiado explícito, podría dañar al hijo de ambos. Muchos meses y varios millones de euros después, la obra pudo ver la luz, como si Rhodes hubiera llegado, por fin, al final del túnel. —¿No temió sentirse demasiado expuesto o exponer lo que más quiere? —Es extraño, porque ahora hay gente que me reconoce en el metro y sabe más cosas de mí que algunas de mis ex. Pero es un precio que merece la pena pagar. —¿Sintió que, al escribir, se ayudaba? —No; de hecho, no estoy seguro de que me haya ayudado en absoluto. —¿Tiene sentimientos encontrados. —Los tengo. Escribir el libro no fue una decisión fácil, pero, después de todos los problemas legales, sé que fue la correcta. Sólo tengo sentimientos negativos en relación con mi ego y mi orgullo, así que puedo prescindir de ello.

MUY PERSONAL

Lugar y fecha de nacimiento

James Rhodes nació en Londres, el 6 de marzo de 1975. A los 6 años sufrió abusos sexuales por parte de un profesor, y poco tiempo después empezó a tocar el piano.

Trayectoria profesional

A los 18 años empieza a trabajar en la City. Drogas, alcohol, intentos de suicidio, hospitales psiquiátricos... Su trabajo allí se prolonga diez años, hasta que decide marcharse a Italia para recuperar su pasión por el piano. ¿Y ahora?

Ya convertido en un afamado pianista (fue el primer músico de clásica que firmó un contrato de seis discos con Warner), el británico decidió contar su historia en «Instrumental».

—¿Y por qué?

—Bueno, por saber si le caeré bien a la gente, si pensarán que soy un gilipollas, si pienso demasiado en mí...

—Pero entiendo que eso también le pasa cuando saca un disco nuevo.

—Sí, todo el tiempo, pero esto es tan personal que es distinto.

—¿La música clásica le salvó la vida?

—Sí. Sé que puede sonar como un cliché melodramático, pero es cierto. No creo que sea algo que me haya pasado sólo a mí. Cualquier adolescente podría decir lo mismo; la única diferencia es que en mi caso fue la música clásica.

—¿Qué sintió cuando, a los 7 años, descubrió a Bach?

—E. M. Forster decía que la música no es sólo la más profunda de las artes, sino la que más profundo llega. No tengo palabras para explicar lo que sentí. Fue una vía de escape, encontré algo que me

“

Vía de escape

«Las drogas eran una ruptura con la realidad y cumplían con la necesidad que tenía de autodestruirme»

llevó a un mundo perfecto e ideal, como si hubiera llegado al Jardín del Edén.

—Lo descubre, además, en un momento muy duro de su vida, después de haber sufrido abusos sexuales.

—Es importante verbalizarlo. Entiendo que no quieras abrir el periódico por la mañana y, mientras desayunas, leer el caso de un niño que fue violado por su profesor. Pero hay que hablar de ello, para que la gente lo sepa y para que el estigma que tiene el que lo sufre disminuya.

—Al verbalizarlo, ¿se sintió liberado?

—No, fue muy incómodo. Por eso escribía entre las tres de la madrugada y las diez de la mañana, tan rápido como podía, para sacarlo torrencialmente.

—¿Llega ese estigma a desaparecer?

—No, nunca desaparece del todo. La sensación de vergüenza puede disminuir, pero el estigma siempre está ahí.

—En el libro cita a Bukowski: «Encuentra lo que amas y deja que te mate». ¿Fue eso lo que le pasó a usted?

—Sí, creo que sí. Tenemos que encontrar algo creativo a lo que agarrarnos, que sirva como contrapeso al pago de la hipoteca, los e-mails, la televisión, los anuncios, algo que nos llene, aunque pueda llegar a matarnos.

—¿Cómo logra uno alejar los deseos de autodestrucción?

—Con mucho cuidado, mucho esfuerzo y mucho trabajo. Ahora tengo las herramientas: psiquiatras, psicólogos, amigos, familia... Pero es un trabajo diario y siempre puede haber una recaída.

—¿Le ayudó su paso por hospitales psiquiátricos?

—Unos sí, otros no. Lo único que podían hacer era mantenerme con vida, y, en ese sentido, cumplieron con su función.

—¿Llegó a sentir que las drogas que tomaba, por prescripción médica, anulaban su creatividad?

—Sí, me anulaban del todo. Te afectan a la memoria, a la pasión, y te dejan atontado. En ese momento cumplieron su función, pero ahora no podría hacer lo que hago si las tomara.

—¿Y qué me dice de las drogas ilegales?

—Hace veinte años que no me drogo, pero cuando lo hacía era increíble. Me daban todo lo que buscaba, eran una forma de escapar, una ruptura con la realidad, y cumplían con la necesidad que tenía de autodestruirme. Si hubiera seguido drogándome, no estaría vivo.

—El libro es una historia de amor.

—Sí, lo es.

—Al final, ¿ha llegado a quererse?

—Aún no, quizás algún día. ¿Y usted?

—¿Yo? No, para nada.

—Exacto. No sé si conozco a alguien que se quiera, y esa es la gran ironía. He empezado a tolerarme y quizás algún día empiece a gustarme; con eso me basta.